

El Paraíso y su entorno
Paisaje rural del Próximo Oriente antiguo

Mario Liverani

Traducción de Manuel Cuesta

E D I T O R I A L T R O T T A

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
1. El estudio del paisaje del Próximo Oriente antiguo	11
2. Las condiciones de base	21
3. De la revolución agrícola a la revolución urbana	31
4. El paisaje agrario mesopotámico del III milenio	45
5. La agricultura de secano del III milenio	67
6. El paisaje agrario mesopotámico del II milenio	71
7. Siria y Anatolia en el Bronce Medio y Final	91
8. La Edad del Hierro	115
9. Reestructuración y cima de la agricultura del Próximo Oriente antiguo	137
10. Perspectivas	145
<i>Apéndice: Paisaje y utopía</i>	153
<i>Fuentes y bibliografía</i>	167
<i>Bibliografía complementaria</i>	176
<i>Índice de nombres</i>	213
<i>Índice general</i>	219

PREFACIO

En la década de 1970 empecé a trabajar en un proyecto de investigación propiamente histórico sobre el paisaje rural del Próximo Oriente preclásico, proyecto que había de desembocar en una historia global de la evolución del paisaje rural del Próximo Oriente antiguo. La idea era utilizar todos los distintos materiales documentales y enfoques analíticos: desde los textos hasta los datos arqueológicos, desde la iconografía hasta la paleoecología, desde la evolución técnica hasta el trasfondo ideológico. Semejante proyecto —*vaste programme*, cabría ironizar con De Gaulle— iba a ser necesariamente de larga duración, y en la primera fase me centré en un asunto más bien desatendido pero de capital importancia: la dimensión y la forma de los campos. Ya entonces hice un estudio analítico sobre la forma de los campos neosumerios (1988-1989) y una presentación general (1996). Otros colegas de la «escuela de Roma» realizaron aportaciones más consistentes: el volumen de Carlo Zaccagnini sobre el paisaje agrario de Nuzi (1979), el más reciente de Lucia Mori sobre el paisaje agrario de Emar (2003), el extenso artículo de Mario Fales sobre el paisaje rural en los textos neosirios (1990), y también —aunque menos directamente— las investigaciones de Lucio Milano sobre la geografía de la alimentación en el Próximo Oriente antiguo. Cabe decir, por tanto, que los estudiosos italianos asumieron un papel de especial relevancia en esta línea de investigación, que entretan-

to también ha sido cultivada, obviamente, por otros estudiosos con arreglo a sus propias perspectivas y metodologías. A nivel de síntesis destaca sobre todo el pequeño volumen del lamentablemente desaparecido Tony J. Wilkinson (2003), respecto al cual el presente libro se sitúa en un nivel más analítico. No puedo menos que dedicar este volumen mío a su memoria.

Por último, deseo dar las gracias a Carlo Zaccagnini por haber revisado una primera redacción, presentándome toda una serie de críticas constructivas; a Mario Fales por haberme hecho valiosísimas sugerencias y haberme señalado bibliografía; a Barbara Cifola, quien en la década de 1970 recopiló una nutrida bibliografía sobre la materia, y a Silvana Di Paolo por haber aceptado ocuparse de la parte ilustrativa, parte que, por lo demás, no ha sido posible incorporar completa.

Una última observación: debo confesar que, contra una costumbre que me ha acompañado durante toda la vida, en la Bibliografía también he señalado el título de algún trabajo que no he leído. Hay quien lo hace sin sentir tantos escrúpulos, pero yo quiero explicar que, por una parte, la referencia bibliográfica resulta siempre útil para quien quiera profundizar; por otra parte, mi omisión lectora es debida a la urgencia de la edad, considerando lo largo del elenco de las cosas que querría hacer antes de morir (*Ars longa, vita brevis*, decían los antiguos). Espero que ustedes me entiendan.

EL ESTUDIO DEL PAISAJE DEL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO

1. *Viajeros y ruinas*

Hace un par de siglos, Europa dio inicio a su exploración del Próximo Oriente en los ámbitos de las ideas políticas, los usos sociales, y las tradiciones culturales y religiosas con lo que fue un efecto colateral —o podríamos decir una sublimación— de su intento de hacer suyas las riquezas materiales del Imperio otomano y las regiones contiguas —de Egipto a Persia—, así como las rutas comerciales de la India y el Lejano Oriente. Explorando el Próximo Oriente moderno, Europa hubo de afrontar también el pasado histórico de aquella región, un pasado dotado de un interés del todo particular en cuanto marco histórico de la Biblia.

En aquel tiempo, las únicas informaciones sobre la historia antigua del Próximo Oriente las proporcionaban la propia Biblia y autores clásicos (con Heródoto a la cabeza). Los datos disponibles eran relativamente genéricos e iban acompañados de fuertes connotaciones míticas. Había en particular dos mitos disponibles como una especie de metáfora para los dos aspectos más llamativos del paisaje: el de la torre de Babel como metáfora de la ciudad, y el del jardín del Edén como metáfora del campo. Ambos se caracterizaban por un elemento de crisis y colapso: la torre de Babel había quedado incompleta y abandonada, y el jardín del Edén había sido vedado al hombre, que

por su parte se vio obligado a migrar hacia entornos menos hospitalarios. En lugar de ciudades, los primeros europeos que viajaron al Próximo Oriente encontraron ruinas; en lugar de jardines, encontraron el desierto. Los mitos modernos —concretamente románticos— sobre la ruina y el desierto, en cierto sentido suponían la compleción de los mitos antiguos, a los que, sin embargo, al mismo tiempo volvían del revés. Sea como fuere, ruina y desierto dominaron el primer acercamiento de la cultura occidental al Próximo Oriente antiguo.

En los relatos de los viajeros europeos de los siglos XVIII y XIX, uno de los puntos principales de interés residía en las interpretaciones que estos aducían de la desolación que habían encontrado en el Próximo Oriente, la cual contradecía las espléndidas gestas descritas por la Biblia y los autores clásicos. La interpretación racionalista achacaba al mal gobierno otomano, así como al retraso y a la indolencia árabes, las causas de la decadencia; la interpretación religiosa veía en esta la eficacia de la maldición divina contra los enemigos de Israel. En ambos casos, un juicio moral y una advertencia que venía de la desolación oriental se convirtieron en un elemento esencial de las filosofías de la historia entonces dominantes.

En su *Voyage en Égypte et en Syrie* (1787), Constantin-François Volney no dejó de advertir, atravesando la Siria interior, la presencia de numerosos y conspicuos *tells*, y asoció la presencia de estos a un pasado florecimiento demográfico y productivo que era congruente con el potencial agrícola de la zona, y que contrastaba con la desolación que él tenía ante los ojos, la cual había que atribuir, en consecuencia, a factores humanos (el mal gobierno otomano que ya decíamos).

Volney es solo uno de los numerosos viajeros europeos que, ampliando el tradicional *grand tour* que entonces se emprendía por los lugares de las antigüedades griegas y romanas, se aventuraron en un *voyage en Orient*. Para los filósofos racionalistas se trataba de una *full immersion* en la diversidad; para los religiosos, de una visita a los lugares bíblicos y evangélicos. Para ambos suponía un contacto intercultural dificultado por prejuicios ideológicos, por una escasa competencia lingüística y por la am-

bición de «descubrir» usanzas y costumbres exóticas susceptibles de relacionarse con utopías preconcebidas (ya fuesen positivas o negativas). En este contexto, la atención al paisaje no dejaba de ser muy limitada, superficial y ocasional; en el mejor de los casos, empezaba a tener lugar en los contactos con las actividades productivas y comerciales que daban vida al floreciente intercambio «levantino». Y más marginal aún era la atención a indicios relativos al paisaje antiguo al ser escasa la conciencia que entonces se tenía del cambio que, por factores naturales y humanos, un paisaje sufre con el correr del tiempo.

Más allá de viajeros aislados, debemos recordar las grandes iniciativas públicas: desde la expedición danesa a Oriente de 1772 —que se hizo célebre por el relato del único superviviente, Carsten Niebuhr— hasta la expedición napoleónica a Egipto (1798), la Euphrates Expedition británica (1835-1837), la Mission de Phénicie de Ernest Renan (1860), los reconocimientos estadounidenses del valle del Jordán (1847-1848) y otras más, todas distintas por sus fines —científicos, militares, comerciales— pero todas de poca relevancia para el conocimiento de las condiciones del pasado.

El hecho es que, hasta mediados del siglo XIX, no se sabía gran cosa del Próximo Oriente antiguo. El punto de inflexión se produjo entonces, sobre todo con el comienzo de la exploración arqueológica de las capitales asirias —Paul-Émile Botta en Jorsabad (1842-1843) y Austen Henry Layard en Nimrud (1845)—, y paralelamente con el cartografiado de Palestina, llevado a cabo primero por Edward Robinson y Eli Smith (1838-1852), y más tarde por Claude Reignier Conder y Horatio Herbert Kitchener (1881-1889). (La primera fase fue mucho más famosa y rica en avances, si bien se centró en la ciudad; la segunda, menos célebre, ponía, sin embargo, en primer plano el aspecto regional y, por tanto, también paisajístico). Hay que mencionar, por último, la obra del geógrafo austrohúngaro Alois Musil, quien efectuó reconocimientos desde Transjordania (1895-1898) hasta Hiyaz y el Éufrates Medio (1908-1915). Si el contraste entre la abundancia de asentamientos antiguos y la desertificación que ahora se apreciaba seguía siendo objeto de interés, la expli-

cación ya no era filosófica o religiosa, sino positivista (cambio climático, desertificación).

Con la obra de Antoine Poidebard (1933), obra es verdad que limitada a la antigüedad tardía, y también con los viajes de Nelson Glueck a Transjordania —publicados entre 1933 y 1949—, hace su aparición la foto aérea, elemento técnico de extraordinaria eficacia de cara a trasladar la atención desde el sitio arqueológico individual al paisaje globalmente entendido. Y paralelamente surge el uso de la cerámica como instrumento de datación de los yacimientos de superficie, dato también este técnico, pero que permite nada menos que articular diacrónicamente la ocupación regional en una serie de fases distintas o, con otras palabras, reconstruir una serie de paisajes sucesivos (paisajes, si no naturales, sí antrópicos).

2. El estudio del paisaje

Con el avance de la indagación histórica y arqueológica en la segunda mitad del siglo XIX, el saber sobre la ciudad del Próximo Oriente antiguo y el campo correspondiente conocieron suertes totalmente distintas. Mientras que las informaciones sobre ciudades antiguas —de Nínive a Babilonia— aumentaron de resultados de las excavaciones y del desciframiento de la escritura cuneiforme, las informaciones sobre el campo siguieron siendo escasas o casi nulas, y el problema de una reconstrucción del paisaje agrícola permaneció desatendido durante mucho tiempo. La historia del Próximo Oriente antiguo se convirtió en una cuestión de reyes y dinastías, de ciudades y palacios, de escribas y artesanos y mercaderes. Todo el mundo sabía —tenía que saber— que la inmensa mayoría de la población antigua estaba formada por campesinos y pastores, pero la reconstrucción de la vida y el entorno de estos quedó, durante mucho tiempo, excluida del cuadro por falta de datos... y por falta de interés.

En la década de 1930, el gran Marc Bloch concibió un nuevo paradigma de investigación histórica en el que se reservaba un papel privilegiado a la reconstrucción del paisaje agrícola.